

BREVE HISTORIA de los...

COWBOYS

Gregorio Doval



Todos los detalles de la mítica historia de los cowboys que, entre 1865 y 1880, cabalgaron por las praderas del "Oeste" a lomos de sus caballos, sombrero bien calado y pistola presta. Hombres duros y recios, cuya verdadera esencia era el trabajo duro, la austeridad y el peligro.

Descubre la verdadera historia de los *cowboys* norteamericanos, valientes jinetes de carácter recio y modales rudos que vivían en solitaria libertad, expuestos al peligro y sin someterse a otras reglas que no fueran las de la naturaleza.

Las inmensas e inagotables praderas que se extienden desde Canadá al Río Grande y desde las Rocosas hasta casi el Misisipi se iban vaciando de búfalos y el ganado vacuno de modo natural fue tomando su lugar. Comienza entonces una nueva página de la historia del Oeste norteamericano, cuya figura más emblemática será la del *cowboy*.

Entre 1865 y 1880, 40 000 *cowboys* acarrearon más de nueve millones de cabezas de ganado desde Texas a muchas zonas del país, especialmente a los nudos ferroviarios de Kansas, donde eran embarcadas hacia los mataderos de Chicago para ser sacrificadas y convertidas en alimento.

Con la expansión de la red de ferrocarriles por todo el país, la era del ganado itinerante se acabó y el trabajo del *cowboy* se hizo más rutinario y sedentario hasta perder presencia en el Oeste. En plena decadencia, el *cowboy* se refugió en el circo, en el rodeo y en la demostración de la doma de broncos, ganando así proyección en la leyenda y la mitología.

Breve Historia de los Cowboys nos traslada al lejano y fascinante mundo del Oeste y nos descubre la aventura de los hombres que en apenas dos décadas crearon el arquetipo más célebre de la historia norteamericana y se convirtieron en los héroes de toda una nación.

1

TEXAS Y EL GANADO

Para los primeros tejanos, que no eran ganaderos sino cazadores de ganado, el cornilargo tejano era mucho más que un buey salvaje que se atrapa a lazo y que, a veces, se come. Para ellos poseía un significado universal, como el bisonte para el indio.

Steve Wilhelm, *Cavalcade of Hoofs and Horns* (1958).

LA LLEGADA DEL GANADO A TEXAS

Como es bien sabido, la cría de ganado ha sido y es una de las mayores industrias tejanas en los tres últimos siglos, desde la llegada de los europeos. Antes, el indio, en contraste con su extraordinario conocimiento del mundo vegetal y pese a su evidente dominio del cultivo de todo tipo de plantas, no había obtenido resultado notable alguno en el campo de la domesticación y cría de animales. Cuando los blancos desembarcaron en Norteamérica, los nativos solo habían domesticado al pavo y al perro, y a este, fundamentalmente, como animal de tiro, y a aquél por sus plumas, no por su carne.

Así siguió siendo hasta que en 1521 el marino español Gregorio de Villalobos, eludiendo una ley que prohibía el comercio de ganado en el dominio de Nueva España, par-

tió de Santo Domingo con seis vacas y un toro y desembarcó en la colonia de Veracruz, en el actual México. Ese mismo año, el también español Francisco Vázquez de Coronado emprendió su expedición por el Sudoeste norteamericano en busca de las legendarias Siete Ciudades de Cibola acompañado de un pequeño rebaño de bueyes, corderos y cerdos, para su consumo durante el viaje. Según las crónicas, una terrible granizada les sorprendió por el camino e hizo que los animales huyeran despavoridos y se dispersaran. Aunque Coronado y sus hombres, tras una ardua labor, creyeron haberlos reunido de nuevo a todos, lo cierto es que, veinticinco años después, otros exploradores españoles se toparon con los descendientes salvajes de aquellos animales.

Hacia 1538, colonizadores al mando de Álvar Núñez Cabeza de Vaca llegaron hasta Texas y allí se asentaron, acompañados de sus rebaños y, en 1598, Juan de Oñate llevó unas 7000 cabezas de ganado bovino a Nuevo México. La sublevación en 1680 de los indios pueblo destruyó las misiones españolas de esta región y, con ellas, la incipiente ganadería en ellas establecida. No obstante, en 1689, Alonso de León se reinstaló cerca del río Nueces, en Texas, aunque enseguida los indios caddos le atacaron y dispersaron su ganado, que sería en última instancia el origen de los bueyes salvajes que pronto abundarían en la región.

Noventa años después, en 1770, la misión del Espíritu Santo, situada entre las ciudades de Guadalupe y San Antonio, poseía unas 40 000 reses vacunas, criadas en libertad en los abundantes y bien dotados prados circundantes. Los indios de la zona, especialmente los apaches lipanes, los cazaban en grandes cantidades; incluso, en número mayor del que necesitaban para su subsistencia y muchas veces como actividad lúdica, especialmente en el caso de las dóciles ovejas. Se cuenta el caso de la matanza de 20 000 ovejas que fueron conducidas en desbandada hacia un des-

filadero y despeñadas, en técnica de caza similar a la que los indios aplicaban con los bisontes.

Para poner en marcha la primera actividad ganadera moderna no enfocada al autoabastecimiento, los españoles reclutaron como primeros vaqueros autóctonos a los aztecas sometidos en su día por Hernán Cortés y adiestrados por los misioneros. El indio resultó ser un pastor idóneo, muy austero y extremadamente fiel, que solo sometido a una situación de extrema necesidad recurría a matar para alimentarse a un animal del rebaño que cuidaba durante todo el año. Ya estos primeros pastores hubieron de sufrir numerosos ataques de los apaches, comanches o navajos, que, si podían, solían matarles antes de llevarse toda la manada. Aquellos primeros vaqueros, a juzgar por las crónicas, ya mostraban otros rasgos esenciales que también definirían después a su *hijo*, el vaquero mexicano, y a su *nieto*, el cowboy tejano; entre otros: una extrema habilidad en la doma y la monta de los potros salvajes que abundaban por la región y un no menor dominio de la cuerda y el lazo.

A los primeros vaqueros indígenas se les sumó enseguida un buen número de mestizos de Nueva España, los ciboleros (de *cíbola*, «búfalo»), vestidos con chaqueta y pantalón de cuero, sombrero plano y desproporcionadas espuelas.

Poco después, a aquellos primeros vaqueros indígenas se les sumó un buen número de mestizos nativos de Nueva España, conocidos genéricamente como *ciboleros* (de *cíbola*, «búfalo»). Vestido con chaqueta y pantalón de cuero, sombrero plano y desproporcionadas espuelas, y armado con garrocha, arco y cuchillo, el cibolero venía precedido por su fama como cazador de bisontes y como domador y jinete de caballos *mustangs*. Por entonces, su único competidor en estas artes era el comanche, enemigo ancestral de españoles y luego de mexicanos, a los que saqueaba en busca de caballos y ganado.

EL NACIMIENTO DE LA GANADERÍA TEJANA

El surgimiento de la primera industria ganadera tejana data de la tercera década del siglo XVIII, cuando se soltó a algunas manadas en las praderas tributarias del río San Antonio destinadas a abastecer de carne a los misioneros, soldados y civiles asentados en el área delimitada por las ciudades de San Antonio y Goliad. Después, a medida que las misiones españolas fueron declinando, la cría de ganado pasó a manos privadas, entre las que destacaron algunos grandes rancheros como Tomás Sánchez de la Barrera (1709-1796), fundador de la ciudad de Laredo, Antonio Gil Ibarvo (1729-1809), «Padre del Este de Texas», y Martín de León (1765?-1833), fundador de la ciudad de Victoria.

En un primer momento, la industria ganadera tejana se centralizó en el sudeste de Texas y el sudoeste de Louisiana, desde donde se comenzó a enviar pequeñas manadas al mercado de Nueva Orleans. Después, el gobierno colonial español la impulsó asimismo en la franja costera, donde algunas haciendas se convirtieron en verdaderos estados feudales. Inmensas extensiones de terreno fueron concedidas a aquellos que, como Tomás Sánchez en Laredo, poseyeran caballos, reses y ovejas de cría y dispusieran de personal con que ocupar la tierra y atender esos menesteres. Por ejemplo, la concesión Los Cavazos, en San Juan de Carricitas, en el condado Cameron, comprendía 50 sitios (cada *sitio* equivalía a 1864 hectáreas), y otras fincas eran incluso mayores.

Curiosamente, en una segunda fase, las autoridades coloniales restringieron mucho el tráfico ganadero pero, durante su breve dominio de Louisiana (1763-1803), las barreras al comercio se relajaron y los ganaderos tejanos encontraron en el Este una gran salida para sus animales. Sin embargo, las incursiones de los indios en el sur de Texas aumentaron en número e intensidad, forzando a muchos ran-

cheros a abandonar sus manadas y refugiarse en los núcleos poblacionales en busca de protección.

Tras la compra en 1803 del inmenso territorio de Louisiana por parte de los estadounidenses, ambos territorios, Estados Unidos y el México aún español, pasaron a ser limítrofes. Eso, entre otras muchas consecuencias, trajo las de que los ganaderos mexicanos de Texas ganaran vía directa a un inmenso nuevo mercado, aunque de difícil acceso, y la de que ya no tuvieran que preocuparse solo de los bandidos indígenas, sino también de los anglonorteamericanos que, en número creciente, comenzaron a amenazar sus manadas y, por lo demás, el resto de sus bienes.

Tras la emancipación colonial mexicana en 1821, la política de vecindad cambió. Las autoridades mexicanas, deseosas de repoblar sus provincias más norteñas, incentivaron a reclutadores de colonos yanquis que fueron trayendo a pioneros a aquellas despobladas comarcas con el acicate de entregarles grandes parcelas prácticamente gratis con el único requisito de que se declarasen cristianos y aceptasen acatar la autoridad y la soberanía nacionales. Sin embargo, además de colonos, llegaron también muchos aventureros con poco que perder y, a menudo, con cuentas pendientes en sus lugares de origen, acostumbrados a una vida al límite y poco proclives a cualquier tipo de sometimiento.



Tras la emancipación mexicana, en los ranchos tejanos comenzó a forjarse una nueva personalidad en los vaqueros angloestadounidenses que, adaptados primero al estilo de vida y a la forma de trabajar de los de origen mexicano, ahora comenzaron a forjar unos nuevos modos, que pasaron a resumirse bajo la etiqueta de cowboy.

Los primeros auténticos colonos, cuya avanzadilla llegó al curso inferior del río Brazos en diciembre de 1821, eran sobre todo agricultores y algodoneros pertenecientes a las 300 familias conducidas por Stephen F. Austin (1793-1836), promotor estadounidense que había acordado con las nuevas autoridades mexicanas asegurar la defensa de la provincia contra los ataques de los indios a cambio de la entrega gratuita de grandes parcelas. Fueron pocos, en cambio, los colonos que se aventuraron a las llanuras altas, una ventosa tierra cubierta de hierba pero carente de árboles y con muy poca agua, y esa poca controlada por los comanches. La amenazante presencia de estos soberbios caballistas que cazaban bisontes por las llanuras y deambulaban libremente por el oeste de Texas y México, alejó efectivamente a los colonos de estas tierras hasta finales de la década de 1870, cuando una campaña militar estadounidense neutralizó casi definitivamente a los comanches.

Aquellos primeros colonos estadounidenses y quienes les siguieron consiguieron grandes concesiones de tierras. Leguas y más leguas que, sin embargo, no tenían mucho valor de mercado: era algo de lo que había mucho y, aparentemente, no era muy aprovechable para nada. Por entonces, la buena tierra de Texas se podía comprar a pocos centavos la hectárea. Hoy, gran parte de ella no deja de producir riqueza, pero entonces era de escaso valor.

Lo mismo cabía decir de las vacas. Muchos colonos llevaron consigo vacas lecheras y toros de raza inglesa o francesa que enseguida comenzaron a cruzarse espontáneamente con los vacunos autóctonos, descendientes de los traídos por los primeros españoles y, en su gran mayoría, salvajes. Tales cruces sucesivos conformaron el biotipo que enseguida sería conocido como *longhorn* (literalmente, «cornilargo»), a cuya cría y comercialización comenzaron a dedicarse los primeros ganaderos y sus contratados, los *vaqueros*.

En principio, aquellos primeros vaqueros no eran otra cosa que hombres de frontera de hábitos rudos que enseguida comenzaron a ser llamados cowboys («vaqueros»). El calificativo, en principio despectivo, había surgido mucho antes, hacia el año 1000, en las granjas de Irlanda y, al parecer, apareció por primera vez en Norteamérica hacia 1640 en la colonia de Nueva Inglaterra. Ahora se aplicó a aquellos aventureros estadounidenses llegados a aquel territorio por entonces extranjero de Texas huyendo de un pasado oscuro o en busca de un futuro incierto. Estos, que, por regla general, cruzaron la frontera en pequeños grupos de 10 a 15 componentes, hallaron su forma de prosperar apropiándose de los bueyes, caballos y ovejas de los hacendados mexicanos que pastaban libremente en las planicies tejanas. Intentaron también hacerse dueños de las manadas totalmente salvajes que pastaban en esas mismas tierras, pero eso, por ahora, fue un intento baldío, pues los animales rehuían a los humanos o, si se sentían acorralados, les atacaban con una fiereza inusitada y con el intimidatorio recurso de sus longilíneos y mortales cuernos. De momento, la única posibilidad de adueñarse de alguna de esas reses, incluso para los avezados vaqueros mexicanos, era sorprender a dos toros peleándose entre sí, esperar a que acabaran y apresar con el lazo al vencedor mientras aún estaba extenuado tras el combate.

La rápida apropiación por parte de los colonos estadounidenses de vastos territorios, en su mayor parte hasta entonces bajo dominio indio, les hizo sentirse no solo poderosos sino también *dueños legítimos* del destino final de aquel territorio, lo que pronto se manifestaría en su propensión a la independencia e, incluso, a la anexión tejana a la cada vez más pujante y expansiva nación estadounidense.

En 1829 eran ya unas 7000 las familias estadounidenses afincadas en Texas y las voces partidarias de la anexión a Estados Unidos comenzaron a oírse cada vez con más fuer-

za a ambos lados de la, por otra parte, débil frontera. Asustadas de lo que se les venía encima, las autoridades mexicanas trataron de cerrar aquella permeable frontera mediante una mayor vigilancia, trabas administrativas de todo tipo y, finalmente, incluso, una ley que prohibió la llegada de más colonos. Casi nadie se tomó en serio aquellas restricciones, por lo menos hasta que el ejército mexicano no tomó cartas en el asunto y comenzó a perseguir a aquellos por primera vez autoproclamados orgullosamente «tejanos», así como a los bandidos fronterizos *gringos* que, cada vez con mayor descaro, se dedicaban a robar no unidades sueltas sino incluso manadas enteras que, de la noche a la mañana, desaparecieron de los prados libres de Texas, para reaparecer, entre otros, en los mercados de Nueva Orleans y Mobile, Alabama.

Simultáneamente, las autoridades mexicanas, sobre todo desde la llegada al poder del dictador Antonio López de Santa Anna (1794-1876), prosiguieron la repoblación de aquel territorio del norte, pero esta vez con convictos nacionales que obtenían su libertad a cambio de afincarse en el remoto Texas. Además, Santa Anna envió nuevos contingentes de soldados con la doble misión de recaudar por la fuerza los impuestos que las depauperadas arcas mexicanas tanto necesitaban y de cerrar la frontera al constante goteo, ya más bien riada, de nuevos inmigrantes ilegales estadounidenses. Esto tiñó de nacionalismo tejanos y/o estadounidense, según los casos, la actividad de los bandidos fronterizos, hasta entonces preocupados solo de su lucro personal. Un nacionalismo difuso, cierto es, y además teñido de desesperación, pues en su patria de origen eran proscritos y no podían permitir que ahora también se les expulsara de Texas.

La situación se hizo tan explosiva que acabó por estallar. En 1836, Texas se autoproclamó independiente y ello, lógicamente, acarreó la reacción del dictador mexicano Santa Anna, que invadió lo que él consideraba aún su propio

país. Insuflada por actos tan violentos (y luego tan interesadamente magnificados) como el asedio y la masacre de El Álamo, se disputó una cruenta y feroz guerra que, a efectos de lo que aquí nos interesa, vino a significar el despoblamiento de la región occidental de Texas, precisamente aquella a la que mejor se había adaptado el ganado vacuno. Las reses salvajes y sus compañeras asilvestradas, sin salida comercial alguna ni enemigos naturales conocidos, se reprodujeron a un ritmo inusitado, formando pronto manadas de decenas de miles de ejemplares de aquellos animales perfectamente adaptados a su duro y exigente entorno, que pronto llenaron las praderas tejanas de *longhorns*, un biotipo animal ya por entonces perfectamente definido.

LA RAZA CORNILARGA TEJANA

Por tanto, el origen de la raza longhorn autóctona de Texas se remonta a los primeros años del siglo XVI, cuando los conquistadores españoles introdujeron en sus dominios norteamericanos ganado ibérico que, dejado en libertad, abandonado o extraviado, se reprodujo en gran número y pronto se convirtió en salvaje. En el medio natural, se hizo más fuerte, aumentó y fortaleció su esqueleto, se estilizó y se hizo más veloz. Sus largas patas y sus puntiagudos cuernos se convirtieron en poderosas armas defensivas. También desarrolló un temperamento fiero y una maliciosa inteligencia. Y acabó siendo un animal bovino de lomo plano, mal genio, peso medio entre 500 y 1000 kilos y cuernos inconfundiblemente largos y astifinos, con puntas separadas hasta dos metros; un animal fuerte e independiente que, como dijera el pionero Charles Goodnight, «afrontaba, con los cuernos por delante, el calor y la sequedad de los desiertos más desolados e inspiraba un miedo saludable a lobos, jaguares y osos». Su pelaje era muy variable, yendo

desde el negro al *beige*, pasando por el gris oscuro o el marrón rojizo o azulado, con un dibujo manchado, tordo, moteado, rayado, liso, bicolor o multicolor. Su mayor desventaja residía en la relativa calidad de su carne magra, fibrosa, dura y, aun así, mejor que la del vacuno criollo. A cambio, sus mayores ventajas eran su perfecta adaptación a un difícil hábitat y que era aprovechable casi sin costes, excepto los pocos que supusieran su recogida y traslado al mercado.

En aquel hábitat, el cornilargo no tenía muchos enemigos naturales. Los nativos no le cazaban pues no apreciaban su carne y para ellos tenían mucha más utilidad el búfalo, del que utilizaban muchas otras partes y cuya piel era más adecuada al frío que el pelado cuero bovino. Los lobos que seguían a las manadas de búfalos itinerantes permanecieron siempre casi indiferentes y, si acaso, precavidos ante el hurraño y a menudo mortal longhorn tejano. El vaquero mexicano y luego el cowboy tejano le admiraban y temían a partes iguales porque les hacía frente. Un toro viejo y enfadado, al verse lazado, era capaz de partir dos cuerdas trabadas a sus cuernos solo con una torsión de cabeza. Cuando un cowboy definía a un semental como «manso», lo que quería decir es que se había acostumbrado a la visión de un hombre a caballo, pero eso no quería decir, ni mucho menos, que se le pudiera considerar domado. En cuanto a posibles consumidores, la mayoría de los no indígenas no terminaron nunca de acostumbrarse a la carne de búfalo, pero sí cada vez más a la de vacuno.

El longhorn se consideraba maduro a los diez años, cuando alcanzaba un peso medio de unos 600 kilos, y necesitaba para alimentarse unas 4 hectáreas de buena hierba al año, 15 si el terreno era árido y cubierto de maleza, y en Texas había millones de hectáreas de pasto utilizables que, dada la decadencia de las manadas de búfalos, se convirtieron en su forraje idóneo. En las ricas praderas tejanas, la vaca podía llegar a tener 12 terneros en toda su vida, lo

que aseguraba una suficiente renovación como para atender al creciente mercado.



El origen de la raza longhorn de Texas se remonta a comienzos del siglo XVI, cuando los conquistadores españoles introdujeron en sus dominios norteamericanos ganado ibérico que, dejado en libertad,

abandonado o extraviado, se reprodujo en gran número y pronto se asilvestró, mientras iba modificando su biotipo.

EL MODELO GANADERO HISPANO-MEXICANO

En realidad, la iniciativa de sacar rentabilidad ganadera a estos animales no era ni mucho menos nueva cuando fue emprendida por los tejanos. Fue más bien un empeño latino que floreció en México mucho antes de que el primero de los aventureros estadounidenses apareciera por los campos tejanos. El negocio ganadero mexicano provenía de las enseñanzas de los colonizadores españoles del siglo XVII y estaba ya bien desarrollado al sur del río Grande cuando los primeros gringos llegaron a Texas y, rápidamente, ganaron terreno a sus vecinos de origen latino. En ese contexto, los hombres que atendían los ranchos mexicanos, los vaqueros, fueron los primeros cowboys del Oeste.

En las amplias y desconocidas llanuras herbáceas del país originario del longhorn, norte de México y Texas, se criaban solas, en estado salvaje o semisalvaje, innumerables manadas bajo un curioso, relajado y ambiguo sistema de propiedad. Como el resto de la fauna de esas calurosas tierras, aquel ganado de llamativos y peligrosos cuernos puntiagudos era sobrio, huraño, se alimentaba de hierbas silvestres y, por instinto, sabía encontrar por sí solo manantiales donde abrevar.

Por tanto, sin grandes enemigos a la vista y perfectamente adecuado al medio, el longhorn prosperó de una manera asombrosa, formando inmensas manadas de cientos de miles de ejemplares. Pero, de momento, aquellas inmensas manadas tenían poco o ningún valor mercantil. En Texas, en la primera mitad del siglo XIX, quien quería carne de buey, mataba y cocinaba uno; quien quería cuero de vaca, mataba y desollaba una; el que necesitaba un buey como animal de carga o tiro, lo domesticaba (si podía). Apar-